

## COMENTARIO CRÍTICO DE "El pasado efímero", de Antonio Machado.

Este poema de Antonio Machado pertenece a *Campos de Castilla*, obra en la que abandona en gran parte los temas simbolistas de *Soledades, galerías y otros poemas*, para compartir con otros escritores de la Generación del 98 el interés por el tema de España. En las tierras de Castilla, en concreto en las de Soria, y en su belleza austera, en sus pueblos y sus gentes, percibe el carácter guerrero y místico que un día originó la España imperial, pero que, para Machado, quizás fueron también causa de la ruina de esa misma España. Tras la muerte de Leonor, el poeta abandona Soria y se marcha a Baeza, en Jaén. Lejos de Castilla, el atraso cultural de los pueblos andaluces y su retrógrada situación política, dominada por el caciquismo y un catolicismo oscurantista, indignan a Machado; su poesía se vuelve más crítica, reflejo del desagrado que siente por esta sociedad y la clase ociosa, falta de ideales, que sobresale en su ambiente.

Publicado en una segunda edición de *Campos de Castilla*, "El mañana efímero" es uno de los poemas más representativos de esta nueva inquietud poética. En el poema se oponen las dos diferentes Españas, una degenerada y tradicionalista y otra trabajadora y progresista, que conviven en un solo país; pero no se opone su presente, su realidad, sino lo que producirá cada una de esas dos Españas, sus dos posibles futuros, el "mañana efímero" al que alude el título, y otro, más esperanzador, que sólo podemos adivinar por el anhelo de cambio que lo impulsa. El futuro del "mañana efímero" es el único descrito porque es un futuro fácilmente predecible: lo creará una clase social que se niega a cambiar sus hábitos y su manera de pensar, la que encarna la "España de charanga y pandereta" del primer verso. Es un futuro que, como hace su presente, repetirá los valores del pasado ["el vano ayer engendrará un mañana/ vacío (...)"].

Como ese futuro, el de una clase caduca pero todavía dominante en una España inculta y pobre, no podrá ser evitado ("ha de tener su mármol y su día/ su infalible mañana y su poeta"), Machado censura las miserias de esta España que lo engendrará para prevenirnos contra él. La define insistiendo en tres rasgos: sus gustos depravados; su fe católica, más ornamental que sentida; y su carácter reaccionario. En la conjunción de estos tres aspectos, en la influencia que unos ejercen sobre los otros, está para el autor la esencia de los males del país: "Esa España inferior que ora y bosteza,/ vieja y tahúr, zaragatera y triste;/ esa España inferior que ora y embiste,/ cuando se digna usar de la cabeza". El primero de ellos, el modo en que se divierte esta España, no es un medio para descansar del trabajo y disfrutar de la vida; su "espíritu burlón" y "su alma quieta" generan el desprecio con que recibe las nuevas ideas. El entretenimiento de esta España persigue satisfacer las inclinaciones más abyectas del ser humano, de ahí que se deleite con la crueldad de las plazas de toros, con el juego y la bebida, con "el vicio al alcance de la mano". De esos placeres se obtiene una clase embrutecida, capaz sólo de "embestir" y no de pensar: la de los señoritos provincianos, descendientes de antiguas familias nobles o ricas, y ligados por sus intereses de clase a la Iglesia. Si algún interés tienen por el mundo exterior, es sólo por aquellas doctrinas que refuerzan sus propias convicciones. Si para Machado Francia simboliza la revolución, con sus ideales políticos de libertad, estos señoritos sólo se interesan por la Francia conservadora, la "Francia realista" del Antiguo Régimen, o la Francia frívola de los modernistas, lujosa y ligeramente degenerada, más dada a la molicie que al esfuerzo, la Francia del "París pagano".

La experiencia religiosa de esta España está acorde con el resto de sus principios. Su religión no es una creencia en una verdad superior, una vivencia que ennoblezca a la persona que la siente; esta religión se confunde con el resto de sus diversiones, pues se cree con igual fervor en la Virgen, aunque sólo como mujer ("María"), que en un torero ("Frasuelo"). Superficial, en esta religión sólo importan las formas, como muestra el traje del "joven lechuzo": un hábito religioso, "sayón", confeccionado para ir de juerga, "con hechuras de bolero". Son las apariencias lo que inspira respeto: las "sagradas tradiciones", las "sagradas formas y maneras", "las calvas venerables y católicas". Y estas apariencias revelan de nuevo una España que sólo admira lo viejo, las "tradiciones", las "barbas", "las calaveras", una España en la que no hay diferencia entre política y religión.

¿Qué futuro piensa Machado que aguarda a España guiada por estos valores? Uno cuya actuación política consistiría en el mantenimiento de la injusticia, el analfabetismo y el subdesarrollo. No es de extrañar que desee que sea "efímero". La imagen del ocaso de esta clase social, descrito en los versos 31 a 35, subraya este juicio del poeta: el futuro de esta clase indolente y aletargada es "la náusea de un borracho ahíto/de vino malo (...)", provocada por una "tarde pragmática y dulzona". Falta de ilusiones, nada podrá contra la "otra España", cuyo retrato ha dejado Machado para el final del poema, probablemente para realzar que éste será el futuro que prevalecerá.

Esta nueva España se opone en todo a la anterior, incluso en los símbolos de su representación poética. La España "del mañana efímero" aparece como un ocaso; la otra España es una "España que alborea", es decir, que amanece. Hay, pues, una España joven que viene a reemplazar a una España vieja. Y lo hará porque las señas que la identifican son superiores a las de esa España ya caduca: la caracterizan el trabajo, el vigor y el ansia de justicia. Todas estas cualidades tienen un objetivo común, la transformación de la sociedad. El "cincel" y la "maza" son las herramientas del cantero, pero también del escultor; con ellas, se extrae de la piedra dura una nueva forma, como el esfuerzo de los españoles en los que confía Machado creará un mundo nuevo. ¿Y quiénes son esos españoles? ¿Dónde ha ido a encontrarlos el poeta? En "esa eterna juventud que se hace/ del pasado macizo de la raza", es decir, en el pueblo imperecedero. Sólo el pueblo, oculto por los nombres famosos de la historia, es realmente eterno, renacido siempre en cada nueva generación.

Parece que Machado repite aquí la misma idea que Unamuno desarrolló con el concepto de "intrahistoria", pero no es exactamente así. Unamuno piensa en un pueblo de valores universales y permanentes, como el amor, la paz y el trabajo, ajeno a las ideologías y los intereses que impulsan los grandes cambios políticos. Lo único eterno del pueblo cantado por Machado es la dureza con que ha soportado la opresión ("pasado macizo de la raza"), su energía y su capacidad para el sufrimiento y para la lucha, pero no sus valores, porque serán unos ideales nuevos los que lo empujarán a alzarse contra los que lo someten, haciendo de este pueblo una "España implacable y redentora"; es un pueblo, por tanto, que se sitúa en un momento histórico concreto y que participa en las reivindicaciones políticas de ese mismo momento; la conciencia de clase y el coraje se aúnan en esta "España de la rabia y de la idea". Machado no es ya, como en los primeros poemas de Campos de Castilla, un escritor del 98 que busca el alma de España en su paisaje y su pasado, sino un escritor comprometido con las demandas de los jornaleros y los movimientos obreros de su época; es el escritor que apoyó a la República y que murió en el exilio.

A partir de aquí, mis queridos alumnos, comienza la parte del comentario en que debéis desarrollar vuestra opinión personal relacionando los temas del poema con otros similares de la actualidad; por ejemplo:

-No cabe duda de que este poema de Machado reflejaba una situación real. Años más tarde de que el poeta lo escribiera, tuvo lugar el enfrentamiento entre estas dos Españas en la guerra civil. La imagen de que una de esas Españas "embiste,/ cuando se digna usar de la cabeza" resultó premonitrice: frente a la España "que alborea" que intentaba crear la República, se alzó el ejército español de África con la complicidad de la clase social ridiculizada aquí por Machado y de la propia Iglesia. Al margen de las ideas y creencias que cada uno honestamente pueda tener, no se ha de olvidar que el bando que se alzó contra el gobierno republicano se erigió en defensor del catolicismo: según la propaganda franquista, su guerra no era una simple guerra política; era una cruzada. En consecuencia, en la posguerra se fortalecieron esas costumbres y ese ideario atacados por Machado. Se volvieron a acentuar las diferencias de clase y la represión moral e ideológica ejercida por la Iglesia supuso un retroceso cultural de décadas para el país. La España "de la idea" quedó mutilada con el exilio de escritores, profesores, científicos, políticos, etc., y el control que la censura y la prisión para los disidentes impusieron en el interior del país. Machado había comprendido muy bien que el atraso de España sólo se solucionaría desterrando la ignorancia y la intolerancia, combatiendo la desconfianza ante las ideas foráneas; por desgracia, el bando nacional también lo entendió así y se preocupó de perseguir cualquier resquicio de libertad ideológica, cualquier conducta o pensamiento que no se sometieran a los de la España oficial.

-Hoy, con la democracia como sistema de gobierno en nuestro país, también podemos apreciar el acierto de Antonio Machado al confiar en que el pueblo acabaría dando forma a una España diferente. Es incuestionable que esa España sólo ha podido implantarse después de décadas de dictadura; pero esta circunstancia engrandece más estos versos, puesto que reivindica su fe en la existencia de ese "pasado macizo de la raza" que, dominado sólo por la fuerza, no lo ha sido por las caducas ideas de esa "España de charanga y pandereta". La España actual, con todos los problemas de las democracias, como la corrupción política, el racismo, los movimientos totalitarios, la desigualdad social, etc., es una España crítica con su historia y sensible a la influencia exterior. Y ha logrado integrar muchas de las tradiciones del pasado en una sociedad más moderna. La Semana Santa parece cada vez más arraigada como un espectáculo estético; las puertas de iglesias que permanecen vacías durante todo el año, se llenan de público que espera ver salir a las Vírgenes y los Cristos. Las corridas de toros son discutidas, e incluso han sido prohibidas en Cataluña, pero también tienen defensores entre algunos de los pensadores que más se han implicado en el triunfo de la libertad y el progreso, como Fernando Savater. Quizás esta cohabitación de pasado y futuro sea el auténtico indicio de la vida democrática.

-Sin embargo, también habría que preguntarse si realmente la democracia ha acabado con la "España de charanga y pandereta". En nuestro país, como en el de Machado, conviven varias Españas. Una de ellas es la conocida como la "España negra", la de los asesinatos machistas y el aislamiento económico y cultural, la de las supersticiones y los adivinos y curanderos de todo tipo que se aprovechan de las miserias ajenas; la España formada por los marginados y los más pobres, donde la ignorancia y la violencia van de

la mano; la España de las tradiciones bárbaras, de la tortura y muerte de animales en las fiestas de los pueblos y del masoquismo de los penitentes en algunas celebraciones religiosas. Y con ésta se codea otra no menos descorazonadora, la España de los políticos corruptos aliados con los empresarios deshonestos; la de las grandes fortunas que evaden sus capitales para no pagar impuestos; la del lujo y el despilfarro público y privado; la de los que explotan a los inmigrantes ilegales. Se trata de Españas no menos vigentes que la España moderna y democrática. ¿Será su mañana un "mañana efímero", como quería Machado, o la manifestación de un modo de vida que jamás podremos erradicar porque forma también parte de nuestra cultura?

Rafael Roldán Sánchez, profesor del IES Trassierra

